

# NATURA

REVISTA QUINCENAL  
DE  
CIENCIA, SOCIOLOGÍA  
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

Clemencia Jacquet

## Cosas de educación

Los profesores de la Universidad de París, incluso los de los Liceos, tienen la costumbre de reunirse los jueves en el museo pedagógico y emplear aquel día de asueto en discutir tan amigable como profundamente los medios mejores para que su enseñanza sea verdaderamente educativa. Las conferencias del año pasado versaron sobre el estudio de las ciencias, y las conclusiones de todos los universitarios que tomaron parte en ellas, pueden resumirse en las opiniones emitidas por el Sr. Marotte, profesor en el Liceo Carlomagno.

Interesante y útil nos parece su publicación.

«Quisiera—dijo el Sr. Marotte—á propósito de la conferencia del Sr. Langevin, hablar del análisis y de la síntesis en la enseñanza de las ciencias y mostrar que ni la una ni el otro ocupan en ella el lugar que les conviene.

»Indicar este lugar será dar á la enseñanza de las ciencias su método y su espíritu; será permitirle ejercer su plena influencia sobre la educación. Es necesario confesar que esta influencia ha sido hasta el presente mediocre y que si las ciencias, por sus aplicaciones industriales, han transformado las condiciones materiales de la vida, el espíritu científico no ha podido penetrar los pensamientos.

»Tales como hoy se enseñan, las ciencias procuran dar, en un cuadro de conjunto, un resumen de nuestro conocimiento del mundo físico. Ese cuadro está, por lo demás, bien ordenado; todos los hechos científicos de alguna importancia están en él enumerados y clasificados por el orden que conviene á una exposición tan condensada como es posible. Cada materia está reducida «á lo esencial», como dicen los programas. El mundo natural está disecado con arte consumado, y las preparaciones anatómicas así obtenidas están alineadas en vitrinas que, según suele creerse, basta con recorrerlas metódicamente para aprender la ciencia.

»Desgraciadamente el estudio de las piezas anatómicas no puede reemplazar el estudio de la realidad, y la ciencia enseñada de este modo queda sin relaciones íntimas con el mundo en que se mueven los alumnos.

»Consiguientemente éstos no pueden reconocer las relaciones científicas en los fenómenos que se producen en torno suyo.

»Para evitar este defecto es necesario enseñar primeramente las realidades que rodean al niño, hacerle observar un fenómeno natural, hacer que lo descomponga en sus elementos, que descubra sus leyes, perciba el movimiento de su

pensamiento hacia un conocimiento más profundo y más perfecto, en una palabra, emplear el método analítico.

»De este modo no se enseñaría dogmáticamente la ciencia toda de una pieza formada, sino que se enseñaría la ciencia á medida que se va formando; se enseñaría el método científico.

»Los fenómenos de estudio son necesariamente los que más interesan á los niños que se quiere instruir. Esta regla muy natural aportará en el régimen de nuestra enseñanza modificaciones profundas que yo quisiera hacer prever.

»La enseñanza de las ciencias dependerá esencialmente del lugar donde se dé y de los alumnos á quienes se dirija. No será, por consiguiente, igual en la ciudad que en el campo, para el campesino que para el obrero. Las relaciones entre la ciencia y el que la estudie serán muy diferentes de lo que actualmente son. Hasta el presente la ciencia ha sido presentada como una cosa impersonal, objetiva; es el resumen de los conocimientos que los hombres han adquirido sobre el mundo en que viven. En la enseñanza que yo deseo, cada individuo, bajo una conveniente dirección, formará su ciencia; la ciencia sería personal, sería el resultado de las observaciones y de los experimentos efectuados por cada individuo sobre el mundo que lo rodea. El individuo se convertiría en el centro de su conocimiento.

»No hay duda que á este conocimiento le faltaría el carácter de cultura general, ya que comprendería más estudios aislados profundizados que resúmenes dando aparentemente lo esencial de las cosas, pero continuando siendo en realidad superficiales.

»Creo, en efecto, que es necesario renunciar á la cultura general, porque no se sabe ni se puede saber lo que es esta cultura.»



Como se ve, el deseo de todos los pedagogos, verdaderamente dignos de este nombre, es renunciar á la cultura general y sustituirla por la cultura individual, la única que puede tener en cuenta con exactitud lo que es un niño; que permita cuidarse de qué modo se forman progresivamente sus órganos y qué quiere hacer realmente, y no en palabras, educación racional é integral. Es fatalmente demasiado cierto que los resultados de la enseñanza dependen mucho menos de las cosas que se enseñan que de la manera que se enseñan. Mientras la instrucción la den maestros que sirvan á los alumnos la ciencia ya formada, sacándola de los manuales y sedicentemente completada por experimentos, en los cuales los alumnos *saben de antemano* lo que va á pasar, que practican por rutina, reduciendo la observación al mínimo de su efecto, no se hará, como antaño, otra cosa que disciplinar las inteligencias, y de una enseñanza así no resultarán nunca hombres libres, capaces de conducirse por sí mismos.

Es necesario que la cultura sea individual á fin de que permita á cada niño convertirse en un hombre que posea el máximo del valor que puede alcanzar. Es el único modo de acabar, de una parte, con la ceguera de las masas que soportan pasivamente todas las miserias hasta el día en que, con no menos inconsciencia y bajo el imperio de una sugestión cualquiera, siguen á un *pastor de rebaño* al cual ni siquiera tienen la constancia de secundar hasta el fin, una vez fuera de su presencia, porque no han comprendido donde van y lo que pueden. Y así mismo es, sobre todo, el único medio de acabar con los *conductores de pueblo*, con los «superhombres» de toda clase.

El día en que cada individuo halle en su semejante un *valor equivalente* al suyo, forzoso nos será tener en cuenta á nuestros semejantes de modo muy dife-

rente q  
gante ó  
de golp  
nes. La  
es lo q  
cho á i  
suelta á  
dente.

El va  
no es u  
trario,  
capacit  
mente l  
jos de l  
para c  
hallar e  
dose vo  
trabajo

La c  
tiene d  
ciplina

## Auto

No n  
nimo e  
J. Com  
como u  
mero  
hemos  
sonríen  
del niñ  
andar.  
agresiv  
propio  
sarse e  
de car  
se dé  
á moro  
en mat

El S  
contra  
tas vie  
cisara  
dirige  
cuestio

rente que para explotarles. El *yo* arrogante de los individualistas, se hallaría de golpe reducido á sus justas proporciones. La inconsciencia del gran número es lo que les permite creerse con derecho á imponerse á la masa y dar rienda suelta á su egoísmo... muy poco clarividente.

El valor individual bien comprendido no es un *valor combativo*, sino, al contrario, un *valor de organización*, que capacita al individuo para juzgar sanamente las cosas, para sustituir los consejos de la razón á los del propio capricho, para comprender el interés general y hallar en él el propio interés, sometándose voluntariamente á toda medida y trabajo útiles al bienestar de todos.

La cultura general, con todo lo que tiene de superficial y de pedantesco, disciplina á los hombres y los aminora hasta

el punto de volverles incapaces de comprender la armonía social, y tiene la culpa de que nazcan en ellos estas aspiraciones malsanas de dominio, de lucha y de desencadenamiento de pasiones egoístas, en detrimento hasta de los mismos que erigen su «yo» en ídolo, ofreciéndole un incienso falsificado.

La cultura individual, al contrario, obligando primeramente al niño, después al hombre, á ejercitar continuamente todas sus iniciativas, á ir incessantemente hasta el fondo de las cosas y á comprender el equilibrio que existe entre todas las energías de la materia, le hará habituarse á tener en cuenta las necesidades del equilibrio social, que es consecuencia del primero, asegurándole al mismo tiempo la plena posesión de sí mismo, es decir, la mayor suma posible de libertad.

## Autonomía y Solidaridad

### I

No nos hemos horrorizado lo más mínimo con la lectura del trabajo del señor J. Comas Costa titulado *El Individuo como único valor real*, inserto en el número 34 de esta Revista. Al contrario, hemos sonreído bondadosamente, como sonríen los viejos al ver el vacilante paso del niño que da tumbos para aprender á andar. Ni siquiera nos ha lastimado la agresividad de ciertos calificativos impropios en un estudio que pretende basarse en la ciencia. Y dicho esto á paso de carga, siquiera para que dicho señor se dé cuenta de que se ha creído dar á moro muerto gran lanzada, entremos en materia.

El Sr. Comas Costa se revuelve airado contra el «cristianismo de los anarquistas viejos». Hubiéranos gustado que precisara mejor contra qué adversarios se dirige, porque encarada de este modo la cuestión se presta á confusiones.

En efecto. Existe presentemente un anarquismo cristiano del que son adeptos los discípulos de Tolstoi y algunos naturistas. Tenemos un anarquismo comunista materialista patrocinado por los Reclús, los Kropotkin, los Malatesta, los Mella, los Grave, los Gori, los Faure, los Molinari, los A. Lorenzo, los Merlini, los Malato, etc. ¿Contra cuál de los dos anarquismos se las ha nuestro colaborador?

No nos lo puntualiza en su trabajo, pero lo sospechamos al ver el modo brioso con que ataca las nociones de Deber, de Obligación y de Moral y los conceptos que estos teóricos de la Anarquía tienen de la Solidaridad, la Igualdad, la Fraternidad, la Libertad, etc. Nos place darnos por aludidos y contestamos.

No somos cristianos; somos materialistas, y, como el Sr. Comas, deterministas. Vamos á salir en defensa del socialismo

comunista anárquico, y á demostrarle que el espiritualismo, ya que no el cristianismo, está en el fondo de sus teorías pseudo-científicas y que por esta falsa base cae su conclusión de que el Individuo es el único valor real y que el interés de éste y el de la Sociedad son incompatibles.

Asimismo, á paso de carga, haremos constar que no hace vacilar tan fácilmente nuestra convicción el calificativo «nuevas» aplicado á determinadas ideas. No somos partidarios de la novedad por la novedad, sino cuando lo nuevo está satisfactoriamente demostrado como una verdad comprobada. Cierta género de individualismos pueden parecer nuevos á los recién llegados á un partido y tenerlos por descontados los que en él batallan desde años (1).

Por mucho que apreciemos al Sr. Comas Costa, tal vez sus novedades no nos hubieran llamado gran cosa la atención, á no habernos enseñado la propia experiencia que hay muchas gentes entusiasmadas, pero sobradamente confiadas, fáciles de deslumbrar con toda clase de novedades y con arranques buenos tan sólo para *épater le bourgeois*...

El Sr. Comas explica, del modo más fantasista los hechos de orden natural.

En sus alegatos pseudo-científicos ni una sola vez recurre á la experimentación. Procede por afirmaciones no demostradas, y esto, permita que se lo digamos, es un olvido que contribuye á poner al lector en guardia contra las novedades así presentadas.

(1) Ó para los que conocen la historia de la evolución de una idea ó doctrina. El individualismo stirneriano, tan nuevo para el Sr. Comas, es más viejo que la luna.

«La evolución teórica del anarquismo tiene su filiación en la tradición societaria de Rousseau; la primera concepción anárquica nació con William Godwin, Thompson y otros revolucionarios de la primera mitad de este siglo, fué desarrollada por Max Stirner y perfeccionada por Josiah Warren, Proudhon, Stephen Pearl Andrews, Lysander Spooner y sus principales continuadores actuales...» *Socialismo libertario ou Anarchismo*, por SILVA MENDES.

En efecto, habla de las fuerzas físicas absolutamente como si fuesen distintas de la materia é imponiéndose en virtud de una voluntad superior. Sin querer, resucita en otra forma el *Deus ex machina* de Boussuet. Oigámosle:

«¿Qué es «obrar» sino *atentar* contra el modo de ser de la Naturaleza toda, removiéndola constantemente, *pese á las voluntades ó leyes que la integran?*»

Hasta el presente todas las investigaciones de los sabios que han sabido despojarse de toda especie de ideas preconcebidas, no les han permitido reconocer en todo el universo sino una substancia: la Materia. Á pesar de la inercia que se le ha atribuido en todos los libros de Física, la Materia es activa. La actividad de la Materia reside en sus partículas elementales: los átomos y las moléculas, estas últimas resultando de la reunión más ó menos íntima de los átomos. La presencia, en el espacio intersidereal y en los intervalos moleculares, del Éter—uno de los estados de la Materia, realmente material puesto que impresiona nuestros sentidos—modifica la actividad de la Materia y da nacimiento á los fenómenos luminosos, caloríficos, eléctricos, magnéticos y nerviosos. No hay, por consiguiente, ni *voluntades* ni *leyes naturales* independientes de esta Materia. Es por esto que Kropotkin ha podido escribir que (1) «lo que se ha dado en llamar «ley natural» no es más que una relación entre ciertos fenómenos, relación entre vista por todos, y cada «ley» natural toma un carácter condicional de casualidad, es decir: *si* un fenómeno se produce en ciertas condiciones, surgirá otro fenómeno. No hay ley colocada fuera del fenómeno; cada fenómeno gobierna al que le sucede, no la ley.»

En el estado actual de la ciencia se ignora cómo y por qué los átomos y las moléculas vibran, se transportan por el es-

(1) *La Anarquía, su filosofía, su ideal*, folleto.

pacio y se ven empujadas unas hacia otras para formar combinaciones ó simples aglomeraciones. Si el Sr. Comas prefiere explicárselo atribuyéndolo á una inteligencia dotada de libertad y de voluntad ilimitadas, como parece desprenderse del párrafo citado, libre él de recurrir á esta hipótesis espiritualista que á nosotros no nos sirve para hacer sociología. Sigamos.

«En una combinación química, la corriente eléctrica, la combustión, etc., han destruido la individualidad de los componentes.»

¿Quién le asegura que queda destruida la individualidad? Difícil le será probarlo.

En cambio, nosotros le recordaremos que olvida que todo movimiento, todo cambio en los cuerpos, sea del orden que fuere, físico, químico, biológico, etcétera, se opera siempre y únicamente en virtud del EQUILIBRIO de la Materia, y que en último análisis toda destrucción tiene por consecuencia, á menudo por causa, una combinación, una constitución, una agrupación cuya necesidad se hacía sentir debido á la tensión de las afinidades diversas, y que esta destrucción significa poner en libertad diversas energías y no el aniquilamiento de una individualidad á beneficio del destructor.

El hombre, que no es más que una forma de la materia—y una forma transitoria—no escapa á esta regla natural, á esta necesidad absoluta del equilibrio, condición indispensable y primordial de la existencia de la Materia.

Por consiguiente, obrar no es «atentar contra al modo de ser de la Naturaleza toda, removiéndola constantemente, pese á sus leyes»; obrar es seguir el movimiento propio de la Materia y utilizar las energías exteriores aplicándolas á la conservación general.

«El cuerpo humano,—agrega el señor Comas—ese mundo compuesto de millo-

nes de células previamente dispuestas y organizadas, encierra en sí una *continua lucha* entre sus componentes.»

Tampoco es verdad que haya lucha entre los elementos constitutivos de nuestro cuerpo, entre nuestros diversos órganos. Pero nos explicamos la confusión del Sr. Comas, que ha tomado por regla general de salud lo que no es más que un estado de enfermedad. Cuando se produce semejante fenómeno, cuando se rompe el equilibrio á beneficio de un solo órgano (cerebro ó el que fuere), resulta el estado de enfermedad, detrás del cual puede sobrevenir la muerte, y de todos modos, una disminución más ó menos pronunciada de la actividad vital. Entre las células orgánicas hay circulación y cambio continuo de substancias, pero jamás lucha (1), por lo menos mientras dura el estado de salud. La pretendida lucha, en término científico «desequilibrio», pisa los umbrales de la muerte, no es el comienzo de una vida intensa.

Encariñado el Sr. Comas con su individuo rebelde—la rebeldía del Sr. Comas tiene algo de inconsciente, no sabe de dónde parte ni á dónde va—á todo lo que pueda subordinarle á los demás individuos, ha tenido necesidad de inventar esta lucha entre los componentes de nuestro cuerpo. Quiere un vencedor á toda costa é inventa batallas por doquier... Sigamos.

«... Las células del cerebro, privando muchas veces buena parte de la acción de las que componen el resto de los órganos del cuerpo, cuando en los momentos de intensificación del pensamiento,

(1) «Nuestra conciencia, según las investigaciones más recientes de los psicólogos, á pesar de su unidad aparente, es en sí misma una sociedad, una armonía entre fenómenos, entre estados de conciencia elementales, tal vez entre conciencias celulares. Acaece siempre que las células del organismo que forman una sociedad de vivientes, necesitan vibrar simpáticamente y solidariamente para producir la conciencia general, la *cenestesia*.» GUYAU, *El Arte desde el punto de vista sociológico*.

No sabemos ver la lucha, Sr. Comas Costa.

NECESITA acumular una gran cantidad de energía vital...»

El Sr. Comas no ha pasado aún de las viejas teorías del *dominio cerebral*, derivadas de la creencia en el alma. De otro modo no diría que para intensificar el pensamiento *necesita* privar de la acción á las células de los demás órganos del cuerpo. Siempre tomando el desequilibrio por estado de salud, olvidándose de que si el estómago, pongamos por caso, sufre grandemente, maldito lo que se intensificará el pensamiento. El Sr. Comas es un espiritualista disfrazado de ateo. Ha borrado de su vocabulario la palabra *dios*; pero, inconscientemente, ha guardado todas las consecuencias que de él se

derivan (1). Sospechamos que ignora por completo la fisiología del sistema nervioso. Se ha olvidado de que la vida oscila entre un máximo y un mínimo que no se traspasa impunemente, y más allá de los cuales entramos en el reino de la teratología, de los monstruos.

Y todo para poder sacar en conclusión que «una conciliación entre los intereses del Individuo y los de la Sociedad es bajo todo punto de vista imposible.»

(1) En efecto, si el Sr. Comas se hubiese penetrado bien del determinismo que invoca, vería claro que *su* individuo es dios que ha cambiado de sitio. El hombre es una forma de la Materia, no la ha *creado*, y su libertad no puede ser más que relativa, no absoluta... como la de nuestro padre que está en los cielos...

(Continuará.)

**Pellico**

## Cuestión de dignidad humana

Traté de probar en un artículo anterior (1), respecto á la armonía del capital y del trabajo, que ésta no es posible, que no está en el orden natural de las cosas, refiriéndome á las asociaciones mixtas de patronos y obreros, como la famosa de Amberes, y á todas las argucias del capital para detener el movimiento emancipador.

Pero es que hay algo más grave en el acomodamiento del obrero á la protección burguesa, que precisa que se vea claro.

En la terrible lucha por la existencia, en la inseguridad del salario, que quiere decir hambre en puerta de continuo, la necesidad, mal consejera, empuja al trabajador á acogerse á cuanto, ficticio ó real, le parezca seguro de vida, esto es, trabajo asegurado, protección eficaz, comida todos los días, y poder vivir, porque, al fin, la cuestión es vivir de cual-

quier manera que sea. No viendo nada próximo que lo liberte de tal tormento, se entrega á lo para él más positivo.

Este es el criterio con que proceden los adheridos á la trampa burguesa. Ni se llaman á engaño, ni deja de dolerles la condición servil de protegidos: quieren comer; he ahí todo.

Sin embargo, con todo su cálculo materialista se engañan, como se engaña la burguesía creyendo en la docilidad del obrero.

Desde que los trabajadores se asociaron, es decir, desde que comenzó el movimiento obrero moderno, hace más de medio siglo, se ha visto igual ardid burgués, igual torpeza obrera; y también se ha visto repetido este procedimiento: mientras el trabajador *moderado*, digámoslo así para no ofenderle con los dictados de *esquirol*, *carnero*, *rompehuelgas*, etc., con que suele bautizarse, ha sido buen instrumento para desbaratar los propósitos de los llamados *revolto-*

(1) *Armonía del capital y del trabajo*, n.º 29.

sos, los más enérgicos, los más dignos, ha sido ese *moderado* tratado con cierta consideración, explotándolo más que á los otros, á pesar de todo; pero cuando los burgueses han creído dominada la situación, firme la fidelidad de sus protegidos, en una palabra, cuando todo temor ha pasado, la indiferencia por sus obreros se ha manifestado tan inhumana, el desprecio se ha hecho tan ofensivo, el trato ha sido tan perro, que como perros se les ha aviado sin consideración alguna, al punto de verse obligados, los infelices, á solicitar el amparo de los rebeldes para trabajar y vivir, y aun para satisfacer sus ansias vengativas contra sus pasados protectores, y algunas veces de los *carneros* han salido *leones* implacables, por justa reciprocidad de agravios. Y esto sí que está en la naturaleza de las cosas.

De modo, pues, que, á pesar de todo cálculo egoísta, la seguridad deseada por el obrero y ofrecida por el burgués, es una verdadera ficción, una infame mentira.

Nadie puede asegurar al *pobre* capitalista ó industrial que siempre irán tan bien sus negocios, que podrá cumplimentar sus leoninos pactos con el trabajador, y *él no puede ser siempre protector contra sus intereses*; á veces no necesita tanto personal, ni quiere pagar altos jornales; las circunstancias obligan á despedir gente, á rebajar sueldos, y si no se avienen á ello, que se vayan al diablo, no los precisa. Y, en efecto, tampoco el explotador tiene nada seguro. Harto vemos con cuánta facilidad se derrumban grandes fortunas y se levantan otras. Por esta parte, pues, la seguridad buscada es también un mito para unos y para otros.

Podrá objetarse que este hecho sólo puede ser cierto individualmente, no colectivamente, pues la asociación patronal anónima, indeterminada, es un cuerpo más sólido para ofrecer buena garantía.

Y yo replicó que las mismas causas que obran sobre el individuo operan sobre la colectividad. En Amberes mismo, si actualmente se determina, por un cúmulo de circunstancias favorables, una actividad comercial progresiva que permita y que exija una gran cantidad de obreros empleados, puede sobrevenir, como acontece, por motivos políticos, por una simple ley aduanera, por competencia de puertos vecinos ó extranjeros, una crisis parcial ó total, que obligue á protectores y protegidos al ¡sálvese quien pueda! Y adiós, fraternidad de pobres y ricos, adiós armonía; otra vez el hambre rebelde, la lucha de clases, la aspiración emancipadora amenazante.

El asunto es interesante, y conviene que se trate hoy preferentemente, con extensión, porque son enormes los esfuerzos que hace el capitalismo para ahogar la revolución que se siente venir, como los primeros síntomas de una gran tormenta.

Es, pues, esa seguridad que busca el obrero una ficción; en último resultado, carneros y rebeldes, si hay trabajo se trabaja, y si no lo hay, no lo hay para nadie; si las circunstancias son buenas, la labor se paga más; si son malas, se paga menos; y todos sufren la misma suerte, como la sufren también relativamente los patronos; y así concluimos que nada vale ser carnero para vivir mejor, porque el mal alcanza á todos; y no satisfaciéndose ese egoísmo ó estupidez, no sale á cuenta el servilismo ni la traición al compañero digno. Es una cuenta errada.

Pero la cuestión es más trascendental que el cálculo de probabilidades para la mayor seguridad de vida. Es la cuestión de derecho, de dignidad.

Suscribir el pacto de la asociación mixta de patronos y obreros, ó someterse al amparo de la burguesía, implica para el obrero el reconocimiento de la legalidad del explotador y la inferior

condición del explotado. Por este hecho, abdica de su libertad, de su cualidad de hombre, y se coloca en la categoría del esclavo voluntario, que renuncia á todo derecho, á toda reivindicación; toma el collar del perro por la bazofia que le arrojen los amos.

No es lo mismo, no, sujetarnos por la necesidad al trabajo explotado con la protesta en la mente, porque no haya llegado aún la hora suprema, que la infamante suscripción ó acomodamiento voluntario al régimen, á la voluntad del amo, cual si fuese un sér superior porque es rico, y el trabajador miserable perro porque es pobre.

No hay otra cuestión verdadera que esta. Desde que yo, para asegurar mejor el pan, me adhiero á la asociación patronal, del Estado, á las mil variantes que se ofrecen para establecer una imposible armonía entre los que explotan mi trabajo y yo, he de dejar de pensar que la naturaleza á todos nos hizo iguales, que por la fuerza y la astucia se adueñaron unos individuos de todo lo que debe ser de todos, reconocer la legitimidad de esta usurpación, supuesto que me brindo á mantenerla y servirla, y que yo soy mísero gusano que se arrastra, que todo el mundo tiene derecho á aplastar, bendiciendo la mano bienhechora que me ponga á salvo, y para ella elaborar fina seda, y para mí consumir mi propia savia.

Todos los esfuerzos de los sabios, de los abnegados, de los valientes, para enseñarnos que no hay razón para la existencia de pobres y ricos, de opresores y oprimidos, de amos y esclavos, con su secuela de infamias, guerras, hambres, torturas, de ese bárbaro malestar social que nos aniquila, todo, todo queda borrado, como no conocido ni averiguado, por la ilusión de un mendrugo de pan.

¿Y dónde queda la dignidad del sér humano? ¿Tanto habrá luchado la humanidad para abolir las infamantes cas-

tas de los parias, los ilotas, los esclavos, sujetos por su ignorancia y con mano férrea, dignos de compasión porque eran forzados como el presidiario y el soldado, para venir ahora, en los albores de un nuevo mundo, de una sociedad igualitaria, hombres poco ó mucho instruídos de sus derechos, más ó menos liberales, sintiéndose internamente libres, á deshacer toda la obra redentora, á sujetarse voluntariamente al yugo de la servidumbre, á marcarse en la frente el sello infamante del esclavo?

No vale decir que en todo momento son libres para abandonar una asociación si no les conviene; entre tanto permanezcan en ella son traidores á la humanidad, á la ciencia, á la naturaleza, á las huestes que pugnan por la liberación de todos los seres, por la felicidad social.

Cada acto tiene su propio valor en cada época; y hoy ser *carnero* y ser asociado al explotador, sabiendo que es socio para contrarrestar los esfuerzos de los dignos, los valientes, los abnegados, los humanos, para favorecer los intereses del *amo* y no los propios, significa hoy, en este momento histórico, tanto como ser esbirro de la inquisición en su tiempo, séide del tirano en todas épocas, verdugo de los hombres generosos de todas las edades.

¡Vivan las caenas! ¡viva el auto de fe! ¡muera el hereje! ¡viva César, pan y circo! son los gritos de los imbéciles de los tiempos pavorosos del absolutismo. Faltaba el grito de *¡viva el amo!* en los actuales, para que la historia de los eunucos, de la podredumbre social no se interrumpiera, y aun serán estos miserables los que en plena revolución emancipadora gritarán *¡viva la dictadura!*, como gritaban sus antepasados *¡viva Napoleón!* en situación análoga.

La actual lucha no es de palabras, no es de formas sofisticas, esto pasó ya á la historia; es de hechos reales y posi-

tivos; no se pelea por el simple aumento del jornal, que se torna también ilusión, sino por el derecho, por la dignidad humana, por la abolición de toda explotación y tiranía.

Se produce la huelga y se produce el motín y se ataca á la burguesía, como se atacaban los fueros y derechos feudales antes de estallar la revolución francesa. El feudal ahora es el industrial, el capitalista, los mangoneadores de la victoria revolucionaria del 93, que suplantó á la antigua nobleza y teocracia y realeza; y como se nos usurpó el fruto

de nuestra victoria, quedamos siendo los vasallos y plebeyos que reclaman la devolución de lo que se nos ha usurpado, y sobre todo, la libertad, la igualdad, la fraternidad, que han hecho trizas, y sea la familia humana una, feliz, libre, dichosa, conforme las leyes naturales y la ciencia adquirida á fuerza de enormes sacrificios.

Esta es la actual lucha, bien notoriamente empeñada; y los que desertan y van al campo enemigo, y lo defienden, son traidores á sus hermanos, al pueblo y á la humanidad, ahora y siempre.

---

**Claudio Jóvenes**

## El capítulo de los odios

Con la muerte de los dioses se han cerrado los negros breviarios, los libros fósiles ante los cuales el alma permanecía inmóvil, huérfana de floreceres y alegrías primaverales. Sepultado el «Buen Hijo», el Hombre ha despojado su espíritu de los andrajos de la humildad, y sólo los viejos salmodian tristemente en el atrio de los templos silenciosos.

Se han cerrado los negros breviarios y hanse abierto los libros inmortales del mundo y de la vida. El triunfo del Conocimiento ha quebrado los viejos mitos y ha ahuyentado las falaces abstracciones, y ahora, cada uno de nosotros en posesión segura de si mismo, nos volvemos contra la Mentira en sus formas sociales, llevando encendido en nuestro pecho el tesoro interior de nuestros odios.

Hemos ennoblecido el odio haciéndolo fecundo y constantemente deseado. Los corazones mezquinos, los espíritus apesadados por la mentira y la cobardía, irónicos devotos del dogma autoritario de la Violencia, se han señalado bajamente contra nosotros. Esa multitud de cráneos faciales predominantes jamás conocerá la psicología de nuestros odios. Le es

imposible el conocimiento y la fruición de las grandes cosas.

La voluntad de vivir, el amor á la acción, el deseo de personalidad, constituyen el plasma, la substancia de nuestros odios. Se odia porque se ama, y odiamos tanto más grandemente cuanto más grandemente amamos. Desconfiamos del amor blanco, piadoso, sin odio. Sometidos al imperio de la fuerza no se va al combate para la liberación armados de versículos sagrados y máximas decadentes; antes éstos atenazaron el espíritu y ensombrecieron la vida.

La palabra que el poeta elogiara debe ser la que encierra la idea viva, la idea heroica que solicita de la voluntad sus energías realizadoras. Es necesario el ejercicio equilibrado de la razón y de la voluntad para que de nuestros esfuerzos salga una afirmación amplia y perdurable.

Quiero deciroslo: me admiran los amplios vuelos del Pensamiento actual; con frecuencia las concepciones de los grandes cerebros me han llenado interiormente de luz. No obstante, hay una cosa que sobrepasa á todo esto: los actos, las

rebeldías de una voluntad intrépida, indomable, sinceramente vital, me entusiasman, me apasionan. Cada acción, cada esfuerzo de esas voluntades es una lección de energía en las que se manifiesta el odio levantado y rotundo.

Apuntemos bien nuestros odios. Un cúmulo enorme de egoísmos groseros, un inmenso poder coactivo y usurpador permanecen en pie después de la ruina de los viejos mitos, Dios, Ley, Moral. Ciertamente se han demolido las viejas abstracciones, pero han quedado odiosas realidades sociales contra las cuales se debe luchar á pecho descubierto y con brazo seguro.

Es preciso revolverse contra la turba sórdida y grotesca de sacerdotes, moralistas, jueces, galoneados, parlamentarios, argirócratas, cortesanos de las letras y de la prensa, servidores idólatras del Poder en torno del cual se mueven y hacen sus deposiciones. Son los enemigos del Hombre y de la Vida como defensores del Poder y de la Ley.

Lo que Schopenhauer ha llamado «principio de individuación», el fondo consciente y activo del hombre desparramándose en frutos de vida al través de la forma individual y concreta, es contrariado por la Ley, negado por ella.

En otro tiempo, cuando la llama de la divinidad resplandecía en la frente de los dioses y los hombres adoraban en los templos, la Mentira social quizá no esclavizaba más que ahora, ya que bien poco se ha logrado en el orden de la justicia social.

Hoy se juega, cabalgándolo sin vergüenza, con lo que se llama «el pueblo.» Los ambiciosos vulgares, los averiados

del sentido moral, los parlamentarios, acuden á las multitudes en busca de una confirmación popular del Poder. La ironía no puede ser más sangrienta. Con la promesa de libertad se invita á los hombres á un renunciamento embrutecedor, á un abandono moral de sí mismos.

Y vemos trepar por la montaña de la Inconsciencia y de la Sumisión, los rebaños populares, rebaños de hombres sin luz en el espíritu y sin voluntad, dóciles y obedientes á las voces de los pastores.

Y hay diversidad de pastores porque hay variedad de rebaños.

¡Lejos los rebaños! Dispersémoslos con las pedradas de nuestros odios. Contra todos los pastores! Ellos encarnan los antiguos valores sociales: Ley, Autoridad; son los que fabrican los cánones en moral, en política y en arte, cánones ordenadores de una sociedad sin justicia, sin solidaridad y sin belleza.

Se ha dicho: «Más allá del Estado, el Hombre libre.» Son palabras de voluntad y de rebeldía. Cuantos han deseado restituirse á sí propio, confirmarse en sí mismos, se han templado interior y serenamente en estas palabras.

Sin desentenderse de las voces mentirosas y mandadoras, de las palabras estériles y charlatanescas, sin deshacerse de las monstruosas negaciones que circundan su voluntad, no es posible para los hombres la fertilidad vital y amable de su propia energía.

De esta manera el Hombre lo ha comprendido, y acompañándose de una noble confianza, sube en ascensión serena por el camino de liberación, ofreciendo en el combate el tesoro magnífico de sus odios.

**Alfredo Calderón**

## Menos gracia y más justicia

Lo que el gárrulo Maura no quiso hacer, hizolo el seráfico Azcárraga. Amplio y generoso, el decreto de indulto

para los llamados delitos políticos, pondrá término á muchas injusticias. Él abrirá las puertas de las cárceles á no pocos

cautivos y las de la patria á algunos desterrados. Él libertará á gran número de ciudadanos de la pesadilla del empapelamiento. Él devolverá á muchos hogares el pan, la paz y la alegría.

Pero antes que el tal decreto haya alcanzado entero cumplimiento, nuevas denuncias caerán sobre la prensa, nuevas persecuciones cohibirán la libre expresión de las ideas, nuevos autos de prisión serán dictados, nuevas fianzas exigidas, nuevos procesos iniciados. Otra vez, día tras día, tornarán las cárceles á llenarse de inocentes, los perseguidos traspondrán las fronteras huyendo del cautiverio, muchas familias vivirán en la ansiedad y el desamparo hasta que plegue á otro gobierno aconsejar á la corona un nuevo acto. La clemencia. Y así sucesivamente.



Yo, lo confieso, soy abogado, ó si ustedes lo prefieren, doctor en leyes. No es mi culpa ni la de los míos. Es culpa del medio. ¿Qué familia que en algo se estima deja de tener un hijo letrado? Á mí me tocó la china. En su virtud consumí lo más florido de mi juventud enfrascado en el Instituto y las Pandectas, los cánones y decretales, las Partidas y las Recopilaciones, amén de la ley hipotecaria y las de Enjuiciamiento. De las sutilezas de Gayo, Ulpiano y Modestino pasé á los distingos de Suárez, López, Sancho Llamas y Palacios Rubios. Y, cosa de que me envanezco, de todo este diluvio de textos, comentarios, escollos y glosas, logré sacar á flote el instinto de la equidad.

Pero comprendo que naufragué. Es difícil, estudiando las leyes, conservar incólume el sentimiento de la justicia. Acaso de todas las razones que se invocan en abono del Jurado, sea esta la más positiva. Hay oficios que se olvidan ejerciéndolos. Yo consulté con un médico en achaques de salud, y con un militar en cosas de guerra, y con un músico en

asuntos de armonía. Jamás se me ocurre departir con un sacerdote sobre problemas religiosos, ni con un letrado acerca de lo justo ó injusto. En ciertas profesiones la letra asesina al espíritu.

Y así me explico la condición en que vive la prensa española. Es España un país regido por abogados. Gobiernos de sociólogos habrían dado libertad á la prensa. Una dictadura la habría sometido á la ley marcial. El sistema híbrido que impera es característico del rabulismo curialesco. Había que concertar dos cosas inconcertables. De un lado se quería hacer creer que la prensa es libre. De otro los gobernantes de un régimen que no tiene en la opinión su asiento, no podían dejar libre á la prensa. Se recurrió á una superchería. La prensa, se dijo, está sometida á la ley común, sólo que da la casualidad de que la ley común pena en cada caso todo lo que no agrada al gobierno. Únicamente se castigan los delitos, sólo que es delito todo aquello que no nos gusta.



¿Impunidad? No, justicia. Nadie se opone á que sean severamente castigados los verdaderos delitos de palabra hablada ó escrita. Pero ¿qué delitos son esos? A poco que se atiende se comprenderá que la palabra no es instrumento adecuado para cometer sino uno sólo, la difamación. Fuera de éste la palabra todo lo que puede es intentar pero no consumir cosa alguna. Si ataca á la patria, no le es dado perpetrar el crimen de traición. Si combate á las instituciones, no lo es posible sustituirlas. Si excita á la rebelión, no está en sus medios rebelarse. El delito no es palabra, es acto. El que habla ó escribe sin difamar no delinque; propone cuando más la delincuencia. Y el Código penal vigente declara en general no punible la proposición de delinquir.

Razones de prudencia pueden aconsejar á veces la restricción de este amplio

criterio, rigurosamente jurídico. Pero ¿á qué razones obedece lo que aquí con la prensa se practica? Se pena la discusión de lo que se declara indiscutible, como si el juicio y crítica de las instituciones de su país no fuera en toda nación libre un derecho del ciudadano. Se pena, con pretexto de escarnio, el examen de los dogmas religiosos, como si cuanto atañe á los más altos intereses morales de la humanidad debiera ser sustraído á las humanas controversias. Se pena, por pretendidos motivos de orden público, la expresión de los radicalismos políticos y religiosos. El entusiasmo por los ideales, el celo por el bien público, la generosa indignación que inspiran los grandes desafueros, suelen purgarse en la cárcel. Más de una vez el rencor de un poderoso, el resentimiento de un primate, el odio de un cacique han hallado modo de convertir á la ley en instrumento de sus venganzas. Y casi siempre lo que en el periodista se castiga es el candor, la inexperiencia, el desconocimiento de las picardías del oficio, la carencia de este arte nada hidalgo, pero impuesto por la corrupción del ambiente, que enseña á tirar la piedra y esconder la mano...

A los sistemas usados hasta aquí para la represión de los excesos de la prensa, sería preferible la propia impunidad. Es menos perturbadora para el derecho y menos lesiva de los intereses públicos. Después de todo, los daños que la prensa hace la misma prensa los repara. Sus columnas están abiertas á la defensa como al ataque. Ella rectifica el error cometido, desmiente la falsedad propagada, restaura el honor lastimado, remedia á la justicia herida. Poder eminentemente espiritual no cohibe ni apremia. Sus únicas armas son la persuasión y el convencimiento. El escritor público se halla siempre sujeto á una doble responsabilidad: moral ante la opinión, material

ante el agraviado que pueda exigirle la debida reparación.

La autoridad no. Esta á nadie debe cuenta de sus actos. Esta no persuade, castiga. Condena en nombre de la ley lo que la conciencia absuelve. Pena un adjetivo al igual que un homicidio. Agravia á la equidad castigando á la inocencia. Llenando las cárceles de delincuentes honrados perturba el sentido jurídico de los ciudadanos. Impide que la opinión se forme y se ilustre. Estorba la sanción moral de las grandes iniquidades públicas. Desmiente de hecho la libertad que proclama de nombre. Ejerce hipócritamente, al amparo del papel de oficio, una persecución tiránica que no se atreve á consumir con valiente y viril franqueza.

¡Delitos políticos! Jamás tuvo la tiranía mejor excusa ni la inocencia y aun la virtud más duro azote. Un supuesto delito político clavó á Cristo en la cruz y dió á beber la cicuta á Sócrates y llevó al suplicio á los cristianos é hizo morir en prisiones y patibulos á los mártires de la libertad. Delincuentes políticos fueron en su día todos los grandes libertadores; Washington, Bolívar, Kossuth, Garibaldi. Por delincuente político murió Riego á manos de Fernando VII. Mientras ceñía la corona Napoleón el pequeño, iba al destierro Victor Hugo. ¡Singular especie de delincuencia que cambia según los países y los tiempos, á merced de faldas las vicisitudes de la historia y aun á medida de la opinión particular del que la juzga! Pregúntese al gran duque Vladimiro si tiene por delincuentes á los feroces autores de la hecatombe de San Petersburgo ó á los infelices asesinados por el crimen de querer acudir como suplicantes ante el soberano señor. En tales materias ¿no se erige á la fuerza en derecho? ¿No es razón el triunfo y justicia el éxito? La espada de Breno ¿no desnivela la vieja balanza de Themis?

¡Delito  
una naci  
rio, aquí  
se ha er  
se ha ma  
malograd  
sin que r  
bres del  
El estad

## Ejecu

El Vo  
tón, hac  
tes jiron  
cido á  
deslizab  
ga, por  
gosas.

Las c  
dera ca  
de tugu  
chos ur  
llo, se  
ovejas s  
nia de l  
melanc  
de agu  
algunos  
pulas l  
Metche  
midad t  
Un s  
escasos  
amonto

(1) Ju  
una fami  
corte, ca  
corto epis  
do Nihilis  
más elev  
lucha ar  
En 1872,  
¿Vive? ¿  
espíritus  
de Siber  
¿Quien po  
rosos, pe  
en todos

¡Delitos políticos! Aquí se ha hundido una nación, aquí se ha perdido un imperio, aquí se ha derrochado un tesoro, aquí se ha enterrado á una generación, aquí se ha mancillado un pasado de gloria y malogrado un porvenir de esperanza, sin que nadie resulte culpable. Los hombres del desastre siguieron gobernando. El estadista en cuyas manos todo se

perdió, ha pasado con título de ilustre á la inmortalidad. Cuantos, de uno ó de otro modo, tuvieron intervención en el negro drama, son hoy egregios personajes, titulares del poder, elegidos del favor, predilectos de la fortuna...

¿Quién osa hablar en España de delitos políticos?

De *La Publicidad*, Barcelona.

**Juana Litvinoff** (1)

## Ejecución de una nihilista

El Volga corría inerte, pesado y triston, hacia el Caspio. Bajo los ascendentes jirones de una niebla de otoño, parecido á una inmensa faja de plomo, se deslizaba sin ningún brillo, sin una arruga, por entre sus orillas planas y fangosas.

Las casas de Nijni-Novgorod, de madera carcomida, bajas y pobres, montón de tugurios y cabañas, destacando á trechos una construcción maciza de ladrillo, se agrupaban como un rebaño de ovejas sucias sobre la grisácea monotonía de las tierras áridas y bajo un cielo melancólico, confundándose con la loma de agua terrosa del río. Únicamente algunos campanarios de iglesia con cúpulas hundidas y una torre blanca de Metchet surgían de entre aquella uniformidad triston de las habitaciones.

Un sol chavacano arrojaba algunos escasos rayos de un oro pálido sobre el amontonamiento de los edificios, cuyas

puertas y ventanas se hundían en agujeros negros, y un extraño silencio, como el de una ciudad muerta en una comarca olvidada, envolvía el gran mercado de la Europa asiática, desierto en aquella época del año.

En este mutismo, particularmente siniestro, propio de las cosas abandonadas, parecido á la desolación de las ciudades veraniegas al terminar la estación de los baños; en esta taciturna atmósfera de fines de verano, se elevaba el hipo amortiguado de un paquebot de forma anticuada, amarrado al muelle, flotando muy bajo sobre dos macisas ruedas pegadas á su estuche de zinc. Hubiérase dicho que era el eco ahogado de quejas muertas y de seculares suspiros que se despertaba en el aire aquel adolorido.

Y los chillidos estridentes que á intervalos salían de la máquina, me parecían llamamientos sofrenados del alma muerta de todas aquellas tristezas infinitamente cansadas y sufrientes.

Una indecible resignación amasada con impotencias y largas servidumbres, llenaba el paisaje incoloro, el cielo lavado y la ciudad muda, mitad despoblada, abierta como estuche cuyos tesoros han desaparecido.

Perezosamente, alzando mi abrigo de pieles y deslizándome por la palanca inundada de barro, descendí al vaporcito, con mi maletita en la mano, y me paré,

(1) Juana Litvinoff nació en San Petersburgo. De una familia muy rica y de elevada posición en la corte, cautivóla — como ella misma cuenta en este corto episodio — el movimiento revolucionario llamado Nihilismo y cuyos jefes pertenecían á los puestos más elevados de la sociedad. Su vida entera fué una lucha ardiente. El fin de su vida es desconocido. En 1872, cuando tenía 24 años, desapareció de Rusia... ¿Vive? ¿Murió? ¿Fué á reunirse con las legiones de espíritus inquietos, proscritos y enviados á las minas de Siberia ó en medio de los hielos de Arkangel? ¿Quien podrá decirlo? Sus escritos fueron poco numerosos, pero su alma indomable y torturada se refleja en todos ellos. — N. DE R.

indecisa, quebrantada de cuerpo y de alma por las trescientas verstas que acababa de recorrer en coche en medio de una lluvia torrencial.

Los pasajeros acudían con aquel apresuramiento ridículo de los campesinos desorientados por las marchas á hora fija; me codeaban, tropezaban en todas partes; resbalé y un doloroso estremecimiento de insomnio y de fatiga me sacudió vivamente. Y como el crepúsculo, semejante á una sábana cenicienta, iba descendiendo, invadiendo cielo y tierra, su fría desesperación invadióme; me sentí como fundida en él, perdida y como vencida en mi soledad en medio de los codazos de los que iban llegando, aturdida por su ruido y por su extrañeza.

Y allí estaba yo, en aquella fría mañana de Octubre, lejos de los míos, un poco turbada, sintiéndome por primera vez cargada de una responsabilidad impersonal, enviada con una misión cerca de correligionarios, que en su mayoría yo no conocía, para llevarles el socorro de buenas palabras y ayuda material. Empujada hacia un porvenir vago y sombrío, entrevisto en las juveniles visiones de entusiasmo y de justicia intuitiva, incierta aún del camino que iba á recorrer, un instinto imperioso, propio de las almas sinceras, me arrastraba á una vida aventurera, forzándome á preferir el duro oficio de rebelde al de satisfecho.

Ignorante de las grandes ideas humanitarias y de filosofía abstracta, desprovista asimismo tanto de ciencia como de convicciones bien definidas y precisas, mi juventud ardiente y tímida se apartaba con asco de la iniquidad flagrante de las fuerzas establecidas y se consagraba al culto de la impotencia de las multitudes, al servicio de los que hacen sufrir al querer redimirlos.

Quijotismo cándido, juzgado y condenado severamente por la opinión casi unánime del mundo, lujo de orgullo pa-

gado muy caro, lo confieso, pero cuyo recuerdo modesto permanece siendo la claridad persistente de todo el obscuro y pedregoso camino recorrido después.

Un agudo silbido nos anunció el desamarre del buque. Los chirridos del cadenaje alternaron con el ruido de un chorro brusco de vapor, un jadear sofrenado sacudió el paquebot y la orilla pareció alejarse. El agua burbujeó al empuje de la quilla y un largo surco amarillento quedó á nuestra espalda á medida que íbamos avanzando. Rodé de un lado á otro buscando donde sentarme, parándome á veces para escuchar, otras para observar los pasajeros, unos apoyados en las bordas, los más sentados ó echados sobre sus baules arrojados en desorden por el puente.

Y á pesar de mis esfuerzos, una gran laxitud moral y física se apoderaba de todo mi sér; la angustia y el aislamiento me cogían en medio de aquella multitud de desconocidos.

Un perro extraviado debe experimentar en alto grado una sensación semejante de entera desesperación.

Seguramente que en mi cara se leía la tristeza desolada de aquel abandono, pues que al pasar cerca de una mujer joven sentada en la popa del buque, ví que me miraba con simpatía atractiva, muda inquietud de un alma que interroga á otra alma y cuya afinidad secreta presente.

Nuestros ojos se encontraron... Jamás olvidaré la delicada, fugitiva y tierna sonrisa con que aquellos labios pálidos, de una corrección perfecta, me hablaron y me revelaron el sér íntimo de aquella mujer que andando el tiempo iba á convertirse en absoluto en pensamiento director de toda mi futura existencia.

Fuí á sentarme á su lado, naturalmente, con la misma confianza placentera de una amiga que después de una corta ausencia encuentra de improviso á otra, sin experimentar aquel embarazo de ti-

midez  
irresisti  
cada nu  
suplicio  
mente  
tiva y

La m  
me ace  
su cara  
mämien  
llamam  
Hacia  
ya ama  
tica q  
simple,  
les des  
bondad  
una cla  
psíquic

Su ro  
palidez  
dos, s  
sobre t  
silenci  
junto  
vedad  
marav  
imper  
tales  
pupila  
unas p  
apenas

¡Ah!  
de aqu  
radian  
cuadra  
cura t  
mirad  
nard  
las m  
lumin  
transc  
do; aq  
de mi  
de las  
mi cor  
dida,  
murm

midez infalible, aquel sentimiento de irresistible repugnancia que sentía á cada nuevo encuentro, causa secreta de suplicios y desfallecimientos que eternamente dificultaron mis fuerzas de iniciativa y mis aspiraciones.

La mirada de aquella mujer á la que me acerqué espontáneamente, su gesto, su cara, me hicieron el efecto de un llamamiento al que obedecí gozosa, de un llamamiento que esperaba siempre.... Hacia ella me arrastraba algo conocido, ya amado, la poderosa atracción magnética que experimenta una naturaleza simple, no gangrenada aun por las crueles desconfianzas en la fuerza de una bondad adivinada, un presentimiento, una clarividencia, mejor, una fraternidad psíquica.

Su rostro delgado, de una transparente palidez de asceta, sus rasgos delicados, su nariz aguileña y nerviosa, y sobre todo, aquella boca melancólica y silenciosamente elocuente, todo este conjunto inverosímil de encanto y de gravedad benévola, lo iluminaba dos ojos maravillosos, vivientes, parlanchines, imperiosa é inefablemente magnéticos, tales como jamás los vi en mi vida; las pupilas grandes y límpidas debajo de unas pestañas muy pobladas dejaban ver apenas el iris puro y sin mancha.

¡Ah! La mirada, la indecible mirada de aquellas dos anchas esmeraldas, focos radiantes de ternura grave y dulce, encuadradas en aquella cara de una blancura tibia como un viejo marfil! Aquella mirada que únicamente el sublime Leonard hubiera podido trasladar al lienzo las magnificencias y las profundidades luminosas, y que á pesar de tantos años transcurridos me parece aún estar viendo; aquellas pupilas, lámparas soberanas de mi destino en las sombras y mutismo de las noches, posadas entonces sobre mí con toda la fuerza de su belleza perdida, y que al oído tantas veces me murmurasteis un lenguaje jamás olvida-

do, consolador siempre, siempre sonriendo á vuestra hermana cuando el mundo me insultaba... no, no podré olvidaros jamás...

De mediana estatura, esbelta y delicada, con su vestido de lana cayendo en pliegues sobre su flacura, parecida á un esbozo prerrafaelesco, como si su cuerpo no existiera. La vida y la belleza de esta criatura espiritualizada se habían refugiado por entero, fulgurantes, en sus ojos heroicos, en aquellos ojos soñadores y sonrientes debajo de una ancha frente inundada de cabellos azul-negros ondeados.

—¿Va V. muy lejos? Me dijo en voz baja y como si siempre me hubiese conocido.

—Hasta Samara.

—Yo también. Tenemos dos días para pasarlos juntas.

—¡Que frío y que humedad! dije yo vacilando, avergonzada de una observación tan banal.

—Si... pero *allá abajo* aun hace más frío y no se está tan abrigado como nosotras.

—¡Allá abajo!... ¿En Siberia, verdad? Murmuré yo bajando los ojos, turbada por haber adivinado.

—Sí, respondió. ¿Conoce V. á fulano y á zutano? agregó, nombrando á amigos comunes.

—¿Es V. Olga Petrovna? interrogué sin responder á su pregunta y avergonzada de mi atrevimiento.

—Sí, me dijo simplemente.

Entonces me nombré. Ella inclinó la cabeza...

—Ya lo sabía dijo. Tan pronto como ha subido V. al puente lo he adivinado.

—Entonces...¿Me conoce? ¿Es posible, á mí, tan poca cosa? Después agregué bajito con una timidez orgullosa.... ¿Aun?

—Sí; *aun*,—sonrió, más bien que pronunció —Pero Alexis T. me ha hablado muy á menudo de V. Parece que se

esperan muchas y muy buenas cosas de esta cabecita.

—Olga Petrovna, díjela vivamente, cogiendo sus dos manos; su nombre me es conocido lo suficiente para desear este encuentro, respetar y amar su presencia; pero me consideraría muy feliz si se dignara hablarme de V. Dígame su pasado, las cosas y las influencias que ayudaron á su *yó* á crearse, me serían profundamente interesantes.

Entonces, sin hacerse rogar, me habló de los primeros años de su infancia, recuerdos é impresiones primeras de su vida.

Su padre, antiguo propietario poco acomodado, convertido en el abogado de todas las causas perdidas: negocios sucios, quiebras, divorcios escandalosos, etc., se complacía en prodigar á ella y á su hermana todas las facilidades de lujo y de placer acumulados por él durante su larga y lucrativa carrera. Me contó su juventud soñadora é inquieta, en lucha con los chismes diarios y rutinarios de una familia hostil á las emociones generosas, despreciadora de los impulsos ingenüos de su alma aun indecisa. Me trazó sus luchas morales, sus obstinados esfuerzos de cultura intelectual y sus exámenes en la Universidad, en la que fué tercera entre cuarenta y seis estudiantes.

Sus estudios fueron profundos; poseía el griego, el latín; el francés, el inglés, el alemán, el italiano, así como la historia y la literatura de cada uno de estos idiomas. En matemáticas y en medicina fué la primera. Su *causerie* asemejaba

á una llama multicolor, inextinguible y siempre nueva. ¡Cuánta inteligente y humana filosofía, qué derroche de poesía ignorante de sí misma se desprendía de sus palabras! Era una inspirada calmosa y ferviente... Me describió su entrada en el mundo, los estremecimientos de su intensa sinceridad en este caos de intereses y de opiniones, en su mayor parte egoístas y duros, su espanto ante el implacable combate de los fuertes contra los débiles, y, en fin, su rebelión contra el triunfo continuo y seguro, admitido y tolerado, de los bribones contra los engañados.

No fué ciertamente en aquellas primeras horas de nuestro encuentro que me fué posible sondar la íntegra profundidad de esta naturaleza refinada y la fuerza y elevación sorprendentes de su carácter, sino más tarde, cuando tuve la dicha de vivir en su intimidad, de estudiar y de apreciar frecuentemente una personalidad que quedó siendo para mí la encarnación más elevada de la perfección realizable.

En aquella noche me contó asimismo los sufrimientos agudos del alma nueva caída desde lo alto de sus aspiraciones ignorantes á los bajo-fondos de las crueles realidades sociales. Después de una lucha de varios años entre su conciencia vacilante y las indignaciones de su probidad despertada, después de largas reflexiones complejas y dolorosas, se decidió. Su deber, me decía, se le apareció imperioso, indiscutible... desde entonces no titubeó.

(Continuará.)

### Recibido:

De la biblioteca El Sol, de la Coruña: *Aclaraciones*, por J. Sanjurjo.—De la biblioteca de «La Protesta», de Buenos Aires, *Almanaque de la Cuestión Social para 1905*.—*¡Marial*, Cuadro dramático por Joaquín M.<sup>a</sup> de Nadal; imprenta Hermanos Subirana, Barcelona.—De la biblioteca del «Obrero» de Montevideo: *Organización, Agitación, Revolución*, por R. Mella; *El Amor Libre*, por S. Gustavo, un folleto.—*A Canalha*, por Um-de-Nós. (Oporto).—*Germinal*, de Tarrasa.—*Boletín de la Sociedad de oficiales escultores-tallistas* de Barcelona.

Imprenta Moderna de GUINART Y PUJOLAR.—Bruch, 63 (entre Diputación y Consejo de Ciento).—BARCELONA

N

DIRECCIÓN

Auto

Toda  
reside e

«La  
conclus  
viduo, c  
un *resu*  
de dete

Que  
viduo, c  
la molé  
— cuan  
nentes

pero qu  
que sac  
sea un

que po  
esto qu  
de actu  
cebimo  
átomo,

suele c  
fórmel  
mos co  
solo In  
rece e

y mira  
*reunión*  
nos, de  
Juan C  
rado á

(1) I